

De formaciones profesionales

**Una reflexión sobre las relaciones entre
universidad y sociedad**

Pablo Quintanilla Pérez-Wicht

*¿Puede alguien negar que el deterioro de la educación es uno de los problemas más graves del Perú? ¿Acaso no es obvio que es una de las causas –y también efectos- de otros problemas igualmente severos, como atraso, violencia, marginación e inestabilidad política?*¹

Hay una relación simétrica entre el desarrollo y prosperidad de los pueblos y la excelencia de su sistema educativo. En ese sistema las universidades no necesariamente son lo más importante, pero sí cumplen un rol esencial, pues tienen a su cargo la formación de los futuros profesionales. Por el valor del producto que tienen entre manos, que es la sociedad misma y su calidad moral e intelectual, las universidades deberían estar entre las instituciones más delicadamente cuidadas de un país.

Si una nación no invierte lo suficiente en la formación de sus profesionales, tendrá que resignarse a ponerse en manos de gente mediocre y, así, se convertirá en una sociedad que funcionará en todos sus aspectos de manera mediocre. A menos que decidamos importar nuestros economistas, congresistas y ministros del extranjero, nuestras universidades tendrán que producirlas.

Una mala universidad es una institución peligrosísima, porque inyecta en la comunidad generaciones de falsos expertos, quienes se encargarán de que los engranajes sociales funcionen torpemente. Si, además, se trata de gente educada en universidades nacionales, tendremos la paradoja de que el estado estará malgastando nuestro dinero en preparar profesionales que serán una amenaza para la sociedad misma. Solo piénsese en todo el daño que puede hacer un abogado corrupto, un periodista venal o un médico incompetente, a lo largo de toda una vida laboral. En esos casos, el país invierte en una persona que se va a dedicar a deteriorarlo sistemáticamente.

Una mala universidad, sea nacional o privada, es una doble estafa: engaña al mal profesional persuadiéndolo de tener una competencia que, bajo estándares internacionales, claramente no tiene, y se tima al usuario haciéndole creer que todos quienes tienen un título universitario están en condiciones de ejercer de manera confiable.

¹ Publicado en “Suplemento Dominical”, *El Comercio*, 22 de enero de 2006.

Pero sería improbable que alguien estuviera en desacuerdo con lo que aquí se dice. La controversia no está en los fines sino en los medios: ¿cómo podríamos articular un sistema universitario del que nos sintamos orgullosos? Sin duda hay muchas cosas por hacer. En primer lugar, es necesario crear un sistema nacional de acreditación para establecer, como en otros países, jerarquías de universidades, de manera que uno pueda saber con datos objetivos qué instituciones forman profesionales de calidad y cuáles los embauca. Esos criterios y estándares existen y se usan internacionalmente pero, naturalmente, no todas las universidades estarían dispuestas a ser evaluadas por ellos. En segundo lugar, es necesario que la sociedad misma, y en consecuencia los gobernantes, se convenzan de la urgencia de mejorar los presupuestos de las universidades nacionales. Hay quienes piensan que la inversión estatal en educación no hará una diferencia significativa, pues habría que invertir mucho dinero y esfuerzo para que realmente haya un cambio tangible, el cual además se daría a largo plazo. Hay algo de verdad en esto. Es necesario invertir mucho, y de manera constante, para que algo tan sometido a la inercia pueda cambiar. Pero precisamente por ello, al no hacer esa inversión, garantizamos que el sistema se siga deteriorando. Uno tiende a creer que los países tienen un límite hacia abajo, de suerte que al llegar a un punto ya no pueden estar peor: eso es falso, siempre se puede estar peor.

Algunos creen que la vida académica y la investigación son secundarias en una sociedad con otras urgencias. ¿Pero podría alguien decir que tener buenos ingenieros, comunicadores o agrónomos, no tiene efectos sociales? Incluso en el caso de disciplinas básicamente teóricas como las ciencias humanas, los especialistas en estas áreas transforman la sociedad: la reinterpretan y cuestionan, esclarecen sus presupuestos conceptuales y elaboran narraciones que amplían su autoconciencia crítica. Los efectos no son obvios para todos y pueden tomar algún tiempo. Sin embargo, si estas actividades no logran hacerse relevantes para la sociedad sería porque no se están ejerciendo apropiadamente, sino de manera poco creativa, con lo cual terminarán alienándose de la sociedad. Por ello, sería aún más urgente revalorar la educación superior si queremos que el país cambie. La tecnología es la aplicación de las ciencias a los problemas prácticos. ¿Si no hay investigación científica cómo podría haber tecnología? ¿También vamos a importarla toda? Contra lo que pudiera creerse, el presupuesto de una universidad con estándares académicos internacionales es perfectamente financiable para un país como el Perú, siempre que exista voluntad

política de hacerlo. Por otra parte, quizá debiéramos volver a la ley que permite a los contribuyentes hacer donaciones deducibles de impuestos a las instituciones académicas; en base a ellas muchas de nuestras actuales universidades se desarrollaron en el pasado.

Pero el estado no es el único que debe esforzarse para aumentar el presupuesto de las universidades nacionales, también deben hacerlo sus miembros. Para empezar, sus alumnos. Hay algo básicamente injusto en que la universidad estatal sea gratuita para todos, pues los pobres, con sus impuestos indirectos, terminan financiando la educación de la clase media. No porque la mayoría de los estudiantes universitarios provenga de la clase media, sino porque al ejercer sus profesiones pasarán a ser parte de ella. No tiene sentido que el obrero, el sastre y el campesino paguen la educación profesional al que va a ser dentista o administrador de empresas. Naturalmente, la educación escolar de calidad debería ser gratuita para todos, y la universitaria también para quien demuestre no tener como financiarla. Es más, el estado debería pagar toda la manutención, incluyendo libros especializados y viajes de investigación al extranjero, a los buenos alumnos que no estén en condiciones de afrontar esos gastos. Pero ellos deberán devolver lo que recibieron cuando se gradúen y tengan posibilidades de hacerlo. El ascenso social no se logra con la proliferación de certificados de dudoso valor, sino con el tipo de educación que permita el ejercicio profesional de calidad.

Podría decirse que es iluso suponer que si las universidades funcionaran bien la sociedad también lo hará. Lejos de ser ingenuo, es algo empíricamente demostrable, basta con mirar un mapa del mundo actual. Las universidades y la sociedad son como un matrimonio típico: el éxito o el fracaso de uno lo es inevitablemente del otro. Es imposible que en un matrimonio uno de los miembros sea feliz y el otro no aunque, naturalmente, la felicidad (o desdicha) de uno puede arrastrar al otro. Así pues, la construcción de un buen sistema universitario no es tarea fácil ni cosa trivial, sino asunto de supervivencia.

¿QUÉ ES UNA UNIVERSIDAD?

Las universidades no son escuelas técnicas de preparación de estudiantes para conseguir trabajo, ni simples medios de transmisión de información. Sin duda son centros de

formación de personas para su participación en la vida social y laboral, pero también instituciones donde se examinan, evalúan y discuten todas las interrogantes que nos conciernen, y que van desde los problemas más generales del ser humano hasta las cuestiones prácticas más inmediatas. Se trata de espacios de reflexión donde se cuestionan los presupuestos fundamentales que subyacen a las diversas actividades humanas. En ellas están representadas todas las perspectivas y posturas, las que son analizadas críticamente, generando espacios de diálogo permanente.

Las universidades son sociedades en miniatura; son modelos ideales del tipo de comunidad culta, pluralista y democrática que quisiéramos construir en el mundo fragmentado de hoy. Hay dos maneras de estropear una universidad: una es hacerla un centro de difusión de una sola perspectiva, por verdadera que esta sea. La otra es convertirla en una empresa con fines de lucro, cuyo objetivo no sea la investigación desinteresada sino el enriquecimiento a costa de la esperanza ajena. En ambos casos esas instituciones podrán llegar a ser buenos centros de capacitación, pero ciertamente no serán universidades.